

Discurso
Don Tomás Carrasquilla y su generación¹

Juan Luís Mejía Arango

Para Juan Mejía
In memóriam

El Padre Félix Restrepo Mejía iba todos los años a visitar a mi abuelo, quien había sido su tutor luego de quedar huérfano en Bogotá. De los ocho hermanos Restrepo Mejía, seis optaron por la vida religiosa; uno, Bernardo, murió en la guerra de los mil días; y la otra, Margarita, llamada cariñosamente Tita, vivió durante toda su existencia en casa de mi padre.

Mientras en una esquina Tita bordaba encajes de bolillo, el padre Félix ocupaba una de las poltronas del corredor, al lado de mi anciano abuelo. Con voz recia y castellano preciso, cautivaba a la audiencia familiar que lo escuchaba con reverencia. Los años llevaron al olvido el tema de aquellas largas conversaciones, pero en mi recuerdo quedaron el rostro expresivo, las cejas largas y canosas protegían unos ojos vivaces y, sobre todo, el acento que marcaba con precisión la ce y la zeta. Aquel niño que desde un rincón escuchaba con asombro al académico de la lengua, es el hombre que hoy viene aquí, con el mismo asombro, a expresar su gratitud por haber sido admitido en esta benemérita institución.

He tenido la fortuna de compartir la vida con escritores y conversadores que le dieron vida, brillo y lustre a nuestro idioma. Ya hablé del Padre Félix. Ahora quiero recordar a mi tío materno, Javier Arango Ferrer, otra de las figuras relevantes de mi infancia. Viajero compulsivo, de vez en cuando se aparecía en casa cargado de objetos, anécdotas e historias memorables recogidas en los más insólitos lugares de la Tierra. Cada conversación suya era una cátedra del buen decir. Tenía el don del adjetivo, de la metáfora afortunada. Hablaba con palabras y con gestos precisos.

¹ Discurso pronunciado por el autor al tomar posesión como miembro correspondiente de la Academia colombiana de la lengua, 2008.

Juan Luis Mejía Arango

Luego fui honrado por la amistad de Manuel Mejía Vallejo. A pesar de la diferencia de edades, encontré en Manuel un ser generoso que me enseñó la sabiduría presente en la trova y la copla, un conversador infinito que nutrió mi memoria con la narración de relatos surgidos de lo profundo de nuestra tierra. Lo recuerdo con un ron añejo en la mano, el rostro iluminado por el fuego de la chimenea de Ziruma, y, diez años después de su muerte, lo escucho embelesado contar historias bravas del suroeste, relatos de amores atravesados o desgranar versos adoloridos de Barba Jacob.

Si algún mérito me corresponde, es el de haber compartido con seres excepcionales un castellano vivo, un idioma cargado de ritmo y belleza, un acervo de palabras que guardo en la memoria como preciado patrimonio. Esas palabras nutren mi decir, mi soñar, mi pensamiento.

He escogido como tema de esta disertación el de “Don Tomás Carrasquilla y su generación”. De alguna manera somos herederos de ese grupo de hombres que hicieron la transición de la literatura oral a la escrita. Pretendo resaltar la figura más sobresaliente de una generación que consolidó una literatura regional.

De lectores a escritores

Durante el siglo XIX, en el país se tenía la sensación de que en Antioquia era imposible la existencia del arte y la literatura. Un artículo sobre la exhibición de la industria nacional, publicado en la “Revista Científica e industrial” el 20 de agosto de 1871, en Bogotá, resume ese sentimiento:

Esta exhibición habría revelado si ya no lo hubiera puesto de manifiesto la estadística comercial, que el antioqueño es ante todo, productor de oro, que es un trabajador vigoroso y pertinaz, puesto que lo persigue tanto en el lecho de los ríos como en los socavones abiertos a través del duro cuarzo, que forma un pueblo sin goces refinados, apto para descuajar bosques i soportar todo género de labores recias, i totalmente extraño a las bellas artes y a las letras. ¿Qué haría un artista o un literato en Antioquia?

Se atribuye a don Manuel Antonio Caro la frase según la cual, en Antioquia, las únicas letras que prosperaban eran las de cambio.

Sin embargo, la realidad parece ser otra. A partir de la segunda mitad del siglo XIX se generaron transformaciones que denotaron el despertar de una sociedad hacia las artes y las letras. Una serie de investigadores contemporáneos, entre los cuales se encuentran los profesores Jorge Alberto Naranjo, Hernán Botero y Dora Tamayo, han mostrado cómo, en el aislado territorio antioqueño, una serie de personajes estimularon el cultivo de la literatura y las artes en general. El profesor Naranjo ha estudiado la evolución de unos inquietos jóvenes que estimularon la aparición de narradores de las décadas siguientes.

Entre 1860 y 1880, era Medellín una aldea sin pretensiones arquitectónicas, cuyos habitantes tenían pocas diversiones. Sin embargo, un ambiente cultural empezaba a desarrollarse a través de representaciones teatrales, esporádicas visitas de compañías de ópera y zarzuelas, y sobre todo, a partir de tertulias literarias como las que existían en el Colegio del Estado o en casa del escritor y jurisconsulto Juan José Molina, figura descollante en el proceso de formación de literatos. Este incansable promotor de las letras publicó el libro *Antioquia literaria*, primera antología de autores vernáculos y texto obligado en las escuelas oficiales durante el siglo XIX; fue además, con su hijo Carlos A. Molina, editor de *La Miscelánea*, revista literaria de gran impacto en el siglo XIX, y propietario de la librería *Camolina*. Ese ambiente era alimentado por un incipiente comercio del libro y por una mínima producción editorial realizada en tres o cuatro rudimentarias imprentas.

El oro, como objeto de intercambio, permitió un elevado crecimiento del comercio internacional. A lomo de mula arribaban baúles cargados de exóticos productos. Por la lectura de los avisos aparecidos en los periódicos de la época, nos enteramos del arribo al mercado de jabones de lechuga y mamey, muselinas amarselladas, Agua de Florida, sinapismos de Rigollot, acero de Milán, tafletes de colores, cubiletes de raso, chinelas y cojines, cuellos y puños postizos, pólvora de tiro, cápsulas para escopeta y la Quintaescencia del Harem, el perfume más grato y más durable hasta entonces conocido. Y, en el fondo del baúl, aparecían los libros.

Juan Luis Mejía Arango

Libros, libreros y bibliotecas

En la tercera parte de *Hace tiempos*, su novela autobiográfica, Tomás Carrasquilla hizo una descripción del ambiente cultural en la época de los Estados Unidos de Colombia:

mas no vaya a creerse por lo expuesto que esta Villa fuese completamente mercantil y filistea, como tanta gente se lo ha supuesto. Tal vez en ninguna época de nuestra historia regional se ha visto en la tierra más entusiasmo por la instrucción y el culto ideológico con nuestras propias iniciativas... anhelaban las gentes raizales aprender mucho para enseñar algo.

Hacia 1875 existían cuatro librerías y

puesto que se sostenían tales comercios era señal de que vendían. Y vendían no sólo libros religiosos o textos escolares, sino también de todos los autores profanos que no estuvieran incluidos en el Sillabus.

Es de suponer que el oficio que hubiera deseado ejercer Carrasquilla fuera el de librero. En el citado libro, cuando Eloy Gamboa, nombre bajo el cual aparece el escritor, logra graduarse de abogado, dice que, con su compañero y hermano de crianza Teodoro,

nos asociamos en una como agencia jurídica, que poco a poco fuimos combinando con otros trabajos hasta volvernos unos comisionistas. Juntamos a esto comercio de librería y de papelería...

Es interesante resaltar el afán de algunos de los más importantes hombres públicos de la época por fomentar el libro y la lectura. Por los anuncios aparecidos en *El Trabajo*, periódico que publicaba Rafael Uribe Uribe en 1884, sabemos que una de sus ocupaciones era la de comerciante de libros como agente en Medellín de la librería bogotana *Camacho Roldán*. Por los títulos que anunciaba en los avisos de prensa, nos enteramos de las novedades editoriales que nutrían intelectualmente a los jóvenes de tendencias liberales.

Desde otra orilla partidista, sabemos que el ex presidente Carlos E. Restrepo también ejerció el oficio de librero. Cuenta el cronista Lisandro

Ochoa que la *Librería Restrepo* fue una de las más importantes de la ciudad y le dejaba buenas utilidades a su propietario; sin embargo,

al ser electo presidente de la república, dio digna muestra de su honorabilidad y delicadeza, vendiendo los derechos que tenía esa gran empresa... para desprenderse de lo que pudiera restarle de fama a su nombre y tiempo a sus deberes de mandatario.

La circulación de libros no se limitaba a los que se vendían en las librerías. Algunas personas decidían adquirirlos de manera directa con los editores europeos cuyos catálogos circulaban por estas montañas. Don Baldomero Sanín Cano, en *De mi vida y otras vidas*, cuenta las vicisitudes de un libro para llegar a la Colombia del siglo XIX:

Pedí una vez a los libreros Campe de Hamburgo las obras de Stefan George. Por descuido, por equivocación, acaso en momentos de premura, pusieron en la cubierta del paquete esta simple dirección: B. Sanín Cano, Bogotá. Tres meses después no había recibido el libro. Reclamé, no sin asombro. Me contestaron que lo habían despachado oportunamente. Entre tanto me llegaba el paquete. Había ido a parar a Sumatra, llevaba el sello de varias estafetas de esa isla. Pasó de allí a Java y a Borneo, como lo atestiguaban numerosas oficinas postales de esas colonias. Pasó a Japón el paquete postal y en Yokohama un avisado funcionario del gremio apuntó: send to Panamá. Era 1890, más o menos. De Panamá vino a la capital de Colombia, porque algún empleado de correos en el istmo mostró interés en el despacho.

De manera que si bien la aldea permanecía aislada por carencia de vías de comunicación que la conectaran con otros centros urbanos y con el exterior, una pequeña élite ilustrada empezaba a tener contacto con las corrientes mundiales de pensamiento y con literaturas de otras latitudes. El mismo Sanín Cano cuenta cómo *la literatura de la ciudad sufría la influencia y contagio de las letras castellanas del momento* y se leía con intensidad a Pérez Galdós, Valera, Clarín, Pereda, Palacio Valdés y otros menores. En los sectores más liberales Víctor Hugo era el paradigma de lo literario.

Juan Luis Mejía Arango

Con el arribo de libros se fueron formando las primeras bibliotecas privadas. En *Del monte a la ciudad*, Carrasquilla recuerda la existencia de cuatro o cinco voluminosas bibliotecas, entre las cuales se encontraban obras incluidas en el Sillabus, como *La Enciclopedia* y las obras espiritistas de Allan Kardec, las cuales circulaban libremente entre los estudiantes de la época.

Otro hecho que revela el afán intelectual de ese pequeño grupo ilustrado, lo constituyó la fundación, en 1881, de la Biblioteca y Museo, conocido en la actualidad como Museo de Antioquia. Al lado de panoplias, prendas usadas por los libertadores, objetos de cerámica indígena y uno que otro retrato, se abría la biblioteca pública, cuyos objetivos los definía su primer director, Manuel Uribe Ángel, quien en su discurso de posesión afirmaba que la biblioteca debía

ser el almacén público en el que se deposita la herencia legada por los pensadores y los sabios de todos los siglos, para que a él se alleguen todos los que quieran recibir la parte que les quepa. En la biblioteca, los estudios técnicos facilitan práctica y estimulan a las Bellas Artes y a la industria. Un pueblo que no lee, es por lo mismo ignorante y sin educación.

Es muy posible que a estas tierras hubiera llegado el manifiesto de Domingo Faustino Sarmiento sobre el papel civilizador de las bibliotecas populares.

Otra de las formas de circulación de libros se hacía en las tertulias literarias. Tal vez el más importante de estos centros culturales lo constituyó el Casino Literario, fundado el 25 de octubre de 1887 por ocho jóvenes entusiastas, inspirados en un texto de Félix Sardá y Salvany titulado “La casa y El Casino” en el cual arremete contra la influencia funesta que entre la juventud tenía el Club público. Los estatutos, aprobados en la sesión inaugural, eran estrictos en la puntualidad, las cuotas de sostenimiento y las multas por incumplimiento de las tareas asignadas. El artículo primero determinaba, de manera concisa, los fines para los cuales se habían asociado: *ejercitarnos en la composición, leer y procurarnos ratos de solaz y expansión por medios honestos*. Además, los miembros se comprometieron a formar una biblioteca de

historia americana y a elaborar un catálogo con los libros que tuviera cada uno, para ponerlos a disposición de los demás socios.

Un caso paradigmático de ese afán por reunir una colección de libros al servicio de un público lector, lo constituye la Biblioteca de Santo Domingo. Sus orígenes se pueden remontar al año de 1889, cuando uno de los fundadores del Casino Literario de Medellín, Joaquín E. Yepes, se radicó en esa población y de inmediato promovió la fundación de una tertulia literaria con bases, fundamentos y fines semejantes a la de Medellín. El 12 de octubre de 1893 algunos de los miembros de la tertulia, entre los cuales se encontraban Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón, decidieron crear una biblioteca pública, la cual bautizaron con el insólito nombre de Biblioteca del tercer piso, la misma que, perdido su esplendor, sobrevive apenas ante la indiferencia de las autoridades y de la población. Otra era la situación en la última década del siglo XIX. El reglamento, la correspondencia y los informes anuales de los distintos presidentes de la corporación revelaban un inusitado entusiasmo intelectual. Cada uno de los miembros se debía suscribir a un periódico diferente con el fin de rotarlo entre todos los integrantes y, además, se comprometía a aportar un peso mensual destinado a la compra de libros y mobiliario. En el momento de esplendor, la biblioteca llegó a reunir más de tres mil volúmenes. En el libro *Recuerdos de la Nueva Granada*, el viajero francés Pierre D'Espagnat, bastante crítico por cierto de la situación del país, dejó testimonio de su sorpresa al llegar a esta población:

Tengo que consignar la sorpresa agradable que experimenté al llegar a Santo Domingo, la última aldea de alguna importancia antes de Medellín. Caí en un ambiente intelectual atrayente, que, sin que se sepa cómo ni porqué, se desenvuelve aquí en algunos círculos ignorados de esta pequeña ciudad. Pasé algunas horas deliciosas en el silencio de la amplia biblioteca, interesante y abundantemente provista... podía creermelo transportado a la apacible biblioteca de una subprefectura de Francia, instalada en el piso bajo del museo, entre las hiedras del vetusto castillo, la sala de los tumbos desierta y silenciosa donde los sabios de los departamentos, los eruditos de provincia, estudian. Hasta el joven bibliotecario, con su barba corta, sus lentes, su abrigo echado sobre los hombros, tenía la silueta del cargo: mitad estudiantil, mitad bibliómana.

Juan Luis Mejía Arango

El afán divulgador de los miembros de la biblioteca se revela en la carta escrita por Don Tomás a su amiga Adela Salazar el 21 de agosto de 1894:

Si viera Misiá Adela, el Tercer Piso ya tiene 64 inscriptores, y si como es probable, consigue sucursales fuera de la parroquia, el número puede elevarse mucho. Aquello ha sido una fiebre de proselitismo y de conquista que ha dado frutos que no tiene idea... Así que desde el Alto hasta el Chispero, desde el puente de don Barreneche hasta el Rumbón, se respira literatura.

En un ensayo inédito titulado *Lectura, lectores y lectoras o el universo del libro en Tomás Carrasquilla*, el profesor Juan Guillermo Gómez hizo un exhaustivo estudio sobre los libros que encargaban los miembros del comité de selección de la Biblioteca del Tercer Piso, entre los cuales se encontraba, por supuesto, don Tomás. Destacó el profesor Gómez la presencia de los gruesos volúmenes de la colección *La España moderna*, que publicaba el famoso editor y anticuario José Lázar y Galdeano, y las relaciones con el librero madrileño Fernando de Fé. Según se desprende de la lectura de los inventarios del Tercer Piso, era notable la presencia de literatura rusa, francesa e italiana.

Lector

“En Antioquia, donde se lee mucho,
aunque no parezca”.
Carta a Max Grillo. 1909.

De manera que a pesar de los tópicos sobre la inexistencia de vida cultural en Antioquia, la realidad era otra. Una pequeña élite se afanaba por adquirir conocimientos librescos y por darlos a conocer a un público cada vez mayor. Don Tomás hacía parte de ese grupo ansioso por devorar cuanto impreso llegara a sus manos. En distintos escritos dejó testimonio de su voracidad lectora. En *Hace tiempos* relata: *Precisamente por la falta de diversiones y devaneos exteriores las gentes se acogían al libro y los estudiantes estudiaban*. Era obvio que prefería la lectura

placentera a los monótonos deberes universitarios. Es diciente la constancia que el rector de la Universidad de Antioquia, el padre Gómez Ángel, escribió en el informe sobre el aprovechamiento, aplicación y conducta del alumno Tomás Carrasquilla correspondiente al año de 1874: *La lectura constante de novelas perjudicó mucho a este alumno*. En la *Autobiografía*, escrita en 1915, don Tomás reafirmaba su condición de buen lector y pésimo alumno:

Parece que en esos mis primeros pasos en la carrera de la sabiduría me imprimieron carácter desde entonces, porque en ninguna parte aprendí nada. La indolencia, la pereza y algo más de los pecados capitales, a quienes siempre he rendido ardiente culto, no me dejaban tiempo para estudiar cosa alguna ni hacer nada en formalidad. Mas, por allá en esas Batuecas de Dios, a falta de otra cosa peor en que ocuparse, se lee muchísimo. En casa de mis padres, en casa de mis allegados, había no pocos libros y bastantes lectores. Pues ahí me tenéis a mi, libro en mano a toda hora, en la quietud aldeana de mi casa. Seguí leyendo y creo que en el hoyo donde me entierren habré de leerme la biblioteca de la muerte, donde debe estar concentrada la esencia toda del saber hondo. He leído de cuanto hay, bueno y malo, sagrado y profano, lícito y prohibido, sin método, sin plan ni objetivos determinados, por puro pasatiempo... Lo que tengo en la cabeza es un matalotaje caótico de hojarasca, viruta y cucarachas.

En la consulta al registro de préstamos de la Biblioteca del Tercer Piso, se puede constatar el ritmo frenético de lectura de don Tomás, el más asiduo de los usuarios. Por ejemplo, entre los meses de julio y agosto de 1894, retiró —y es de suponer, devoró— los diez tomos de los *Episodios Nacionales*. En 1897, al regreso de su primera estadía en Bogotá, en seis semanas leyó obras de Flaubert, Zola, Goethe, Dante y Víctor Hugo.

Es muy diciente la decepción que sufre Carrasquilla al descubrir que el gran editor colombiano de la época, don Jorge Roa, proveedor de libros para la Biblioteca del Tercer Piso, no era tan leído como era de esperar. En carta fechada en Bogotá el 2 de diciembre de 1895, le escribe a su amigo y novelista Francisco de Paula Rendón:

Juan Luis Mejía Arango

Pásmate de lo que voy a contarte: concurre diariamente a dos centros periodístico-literarios: la librería de Roa, que me queda vecina y la agencia de Olarte y Grillo, en la calle Real. En la primera oficia Roa, como Víctor Hugo en su tertulia; todos giran alrededor de ese hombre infalible en asuntos literarios. Oye ahora cómo es esa infalibilidad: de literatura rusa no conoce sino algo de Tostói; no ha leído ni a Palacio Valdés, ni a Galdós (¡¡); de doña Emilia sólo conoce el San Francisco y de Daudet el Nabab, y este último porque vino hace poco a su librería. Zola le parece muy poquita cosa, aunque lo vende mucho; y de Rueda, como novelador, no tenía noticia. Para el sólo existen Paul Bourget, Pereda, y no se que autor italiano, cuyas obras en francés tiene en su librería, y que a mi no se me antoja gran cosa. No ha visto La España Moderna, ni sabía del nuevo teatro crítico de doña Emilia. Parece que te estuviera mintiendo; pero “mi verdá”, “mi verdá” como dice Jesusa Aristizábal.

Escritor

En un fértil ambiente intelectual, el paso de lector a escritor se dio de manera casi natural. Así lo narra el propio Carrasquilla en la *Autobiografía*: “Cualquier día me dio por escribir, sin intención de publicar. Y ahí emborronaba mis cuartillas... A nadie le contaba de mis escribanías. Ni siquiera a mi familia”.

En una de las pocas entrevistas que concedió, Orlando Perdomo le preguntó “¿Cómo se hizo usted escritor?”. A lo cual el viejo autor de 79 años le respondió: “Me fue saliendo, como cuando a uno le resulta una enfermedad, o un amor. No fue que a mi me diera por ser escritor, sino que se me ocurrió escribir las cosas que pensaba”.

El primer cuento de don Tomás conocido por el público, *Simón el mago*, fue escrito como requisito para ingresar como miembro correspondiente al Casino Literario de Medellín, presidido en ese entonces por Carlos E. Restrepo. Fue leído por su amigo y coprotagonista de la narración, Francisco de Paula Rendón, en la sesión del 6 de febrero de 1890 y publicado, bajo el anagrama de Carlos Malaquita, en la edición de las obras del Casino en 1891. Los lectores reconocieron la verdadera identidad del autor del cuento y lo acogieron con entusiasmo. Fue el bautizo de Carrasquilla como escritor público. A partir de ese momento, a los 32 años de edad y a pesar de su abulia manifiesta, se vio constreñido

a mantener la condición de escritor. Había terminado su vida de estudiante frustrado, sastre de pueblo y efímero juez municipal.

Por distintas razones económicas y familiares, Carrasquilla solía viajar a Medellín. En las actas del Casino Literario, consta su presencia en la sesiones del 10 y el 17 de abril de 1890. En esta última fecha, a raíz de la lectura reglamentaria que realizó el socio Sebastián Mejía, del capítulo de una novela que estaba escribiendo, posiblemente *Noche de Bodas*, surgió el debate sobre las razones por las cuales no florecía la novela en Antioquia. En la *Autobiografía*, el escritor recuerda aquel suceso:

Tratábase una noche, en dicho centro, de si había o no en Antioquia materia novelable. Todos opinaron que no, menos Carlosé y el suscrito. Con tanto calor sostuvimos el parecer, que todos se pasaron a nuestro partido y todos, a una, diputamos al propio presidente como el llamado para el asunto. Pero Carlosé, resolvió que no era él sino yo. Yo le obedecí, porque hay gentes que nacen para mandar... Una vez en la quietud arcádica de mi parroquia, mientras los aguaceros se desataban y la tormenta repercutía, escribí un mamotreto, allá en las recondideces de mi cuartucho. No pensé tampoco en publicarlo: quería probar solamente, que puede hacerse novela sobre el tema mas vulgar y cotidiano.

Es muy interesante ese momento en la vida cultural de la región antioqueña. Mientras unos contaban plata, otros contaban cuentos. Si Pepe Sierra contaba sus doblones, Carrasquilla narraba *Simón el mago*. Un espíritu fundacional inspiraba aquellos balbuceos intelectuales. Un afán por ser nosotros, por describirnos tal cual éramos, cantarnos y contarnos de una manera singular. Ahí estaba, aguijoneado por sus colegas, don Tomás encerrado en una habitación de Santo Domingo, en su lucha por escribir *Frutos de mi tierra*, en su afán por demostrar que se puede hacer novela de los temas más vulgares y cotidianos, que la novela no la hacen los temas sino los escritores.

De igual manera, una serie de artistas y escritores rompieron con los cánones anteriores y se aventuraron a explorar nuevos caminos en el arte. Si en el Casino Literario se disertaba sobre la novela y la dramaturgia, en el taller de marmolería de don Melitón Rodríguez Roldán las discusiones giraban en torno al papel de la pintura, de la fotografía y del

Juan Luis Mejía Arango

grabado. Allí, por ejemplo, el pintor Francisco Antonio Cano se despojaba de los tradicionales temas religiosos o de los obligados retratos oficiales y salía al campo a realizar los primeros paisajes de nuestra historia del arte. Hasta entonces, el paisaje era aquello que venía en las litografías francesas y representaba idílicas campiñas europeas. En los paisajes de Cano se identifican una geografía, una flora, una fauna propias, de igual manera que se reconocen en la literatura pionera de Carrasquilla. Gracias a ellos, ruiseñores y cipreses son sustituidos por suribios y yarumos, azulejos y turpiales.

En el mismo sentido, unos pocos años antes, en 1885, y luego de recorrer de manera exhaustiva el territorio del Estado, el médico Manuel Uribe Ángel había publicado en París la monumental *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, obra a la cual dedicó todos sus esfuerzos intelectuales y buena parte de sus recursos económicos.

Así mismo, algunos botánicos criollos como Andrés Posada Arango y Joaquín Antonio Uribe posaron sus ojos científicos en la flora local, con el fin de hacer su descripción sistemática y de extraer sus secretos beneficios. Este momento de reconocernos como pueblo, con unas características propias, con una identidad, se podría ilustrar con las fotografías de Horacio y Melitón Rodríguez o de Benjamín de la Calle.

Pero donde se puede palpar de mejor manera ese afán por describirnos, de hablar de nosotros como nosotros, es en la literatura. Al culminar el XIX, el lento proceso de germinación que se había iniciado al promediar el siglo, parece haber dado sus frutos. Se había efectuado el tránsito del lector al escritor. Al lado de Carrasquilla, surgieron otros escritores que permiten confirmar que una literatura regional estaba alcanzando su momento de madurez. Entre otros se puede recordar a Eduardo Zuleta, Francisco de Paula Rendón, Efe Gómez y Samuel Velásquez.

Pocos meses después de la publicación de *Frutos de mi tierra*, otro de los miembros del Casino Literario, Eduardo Zuleta, dio a luz su ambiciosa novela *Tierra virgen*, publicada en la Imprenta Departamental en 1897. Ante las demoledoras críticas que cayeron sobre esta obra, Don Tomás salió en su defensa con un ensayo publicado en la revista *La*

Miscelánea titulado “Herejías”. Terminaba la ardorosa defensa con estas palabras: *Tierra Virgen es una manifestación artística, un grande esfuerzo de alto significado en la literatura americana.*

Se puede afirmar que Francisco de Paula Rendón fue el alma gemela de Carrasquilla. Coterráneos, abogados frustrados, compañeros en la aventura de la biblioteca local, confidentes epistolares y cómplices en búsquedas literarias, como lo demuestra la lectura del acta 130 del Casino Literario, correspondiente a la sesión del 2 de octubre de 1890:

Francisco de Paula Rendón contribuyó a amenizar la sesión dando lectura a otro cuadro de costumbres titulado “Yolombó” escrito, según manifestó, en colaboración con el socio, también correspondiente, Señor Tomás Carrasquilla.

En el pueblo los llamaban los *Camastrones* para significar que siempre se salían con la suya.

Signo de la vitalidad literaria, en 1897, la revista *La Miscelánea* convocaba un concurso para premiar la mejor novela de costumbres escrita en la región. De manera sorprendente, se presentaron al concurso 58 obras entre las cuales fue escogida como ganadora la novela titulada *Madre* del escritor Samuel Velásquez. Natural de la población de Santa Bárbara, Velásquez había incursionado en la pintura y la poesía antes de incorporarse al grupo de vitales narradores regionales.

Ingeniero de minas, escritor y bohemio, Efe Gómez fue otro de los integrantes de esa primera gran generación de narradores. Inspirado en el mundo minero en el cual se movía, los personajes de Gómez son desolados, próximos a la tragedia, enfrentados y derrotados por un medio implacable.

Esa producción literaria tenía salida a través de revistas como *La Miscelánea*, *La Bohemia Alegre*, *El Repertorio Ilustrado* o *El Montañés*, las cuales circulaban de manera profusa en la aldea con pretensiones de ciudad.

Juan Luis Mejía Arango

Carrasquilla y su universo literario

El Estilo

Es muy interesante observar la evolución personal de Carrasquilla desde su primera juventud, como estudiante de derecho en la Universidad de Antioquia en Medellín y las primeras incursiones literarias en su natal Santo Domingo. Siguiendo las categorías del pensador mexicano Leopoldo Zea, es lícito afirmar que el primer Carrasquilla es el arquetipo del *civilizado*, del americano que imita los ideales del ser europeo y, por el contrario, el Carrasquilla escritor resume los ideales *asuntivos*, es decir el asumir la condición de americano, participar de la cultura occidental como actor y no como imitador.

Del primer Carrasquilla, de aquel perjudicado en los estudios por la lectura constante de novelas, queda la gráfica descripción de su condiscípulo Antonio José “Ñito” Restrepo:

Para 1876 era Tomás Carrasquilla en la Universidad de Antioquia lo que ahora llaman en esta Bogotá un filipichín, el busilis del taco, que era de verle hacer billas, carambolas y palos por todas partes. Frisador en los 18 a lo sumo, él y su compañero inseparable -el también hoy reputado novelista F. de P. Rendón- eran la pécora de nosotros los estudiantes puebleños, de pantalones inverosímiles, cuellos arrugados en acordeón, y chaquetas a cuadros como carpeta de bisbís. Formaban Tomasa y Pacha, como familiarmente les llamábamos por enrostrarles su afectado emperelijamiento, parte integrante del grupo de pepitos o cachacos que asistían a las clases pero que no estudiaban porque eran de familias ricas de allí, la capital del estado -Medellín- y solo se ocupaban de mariposear alrededor de las muchachas bonitas, en montar a caballo los domingos y en hacerse tirar las orejas del padre Gómez Ángel, nuestro rector... Decididamente Carrasquilla y Rendón eran unos solemnes petulantes, no valían cosa y jamás darían que decir sino a los peluqueros y sastres, por estrados y ventanas.

Años más tarde, el mismo Carrasquilla se recuerda un poco ridículo; en *Frutos de mi tierra* hizo el autorretrato de su época de estudiante como el personaje Martín Gala:

En lo tocante a vestidos, leontinas, relojes y otras galanuras tampoco se dejaba “echar ñatas” ni del más peripuesto estudiantón... libre de los pocos escrúpulos que de colegial tuviera; libre para obrar; con carta blanca para ponerse en fondos, dio comienzo entonces a la carrera de cachaco. Compró caballo; recorrió sastrerías y almacenes, haciéndose a lo mejor, a lo más vistoso; abonóse al teatro, donde a la sazón funcionaba una muy celebrada compañía dramática; fue cliente de casinos y cantinas –de “El Edén” sobre todo-; y tan pronto estuvo en el busilis del taco, que era de verle hacer billas, carambolas y palos por todas partes.

Sorprende entonces que aquel joven afrancesado, aquel *exquisito* como llamaban en otras latitudes a estos dandis criollos, al asumir la escritura escogiera el habla popular y no el afectado lenguaje de los civilizados. Años después, en carta al poeta León Zafir, reconocía que *las cosas muy finas, muy elegantes y muy de moda también hostigan... hay que tener en cuenta que el arte no es moda sino uso; que las modas pasan y el uso no.*

Y él, en un acto absolutamente consciente, optó por el uso popular de la lengua. Imagino su dilema, sus dudas secretas. ¿Optaba por las formas literarias de moda, las que con detenimiento leía y releía o decidía escribir como si hablaran las cocineras negras, los peones y arrieros de Santo Domingo? Y decidió lo segundo. No sólo era un lenguaje de riqueza infinita sino que en aquella narración oral existía una temática inédita avasallante.

Tan pronto los lectores conocieron la primera versión de *Frutos de mi tierra* -cuyo título inicial era *Jamones y solomillos*- surgieron críticas por el abuso de la jerga popular y los provincialismos. El autor se defendió de inmediato. En carta a su amigo Joaquín E. Yepes le ripostaba:

Cuanto al lenguaje ordinariote, maíz, maíz, de la mayor parte de mis fantoches, lo hice muy a sabiendas, fundado –no se si bien o mal- en una teoría de mi propia cosecha, si no estoy errado, porque no la he visto en ningún expositor o crítico; la cual teoría no han podido rebatírmela los entendidos con quienes la he puesto en tela de juicio.

Aún con más convicción, en la crítica a la novela *Tierra virgen* de Eduardo Zuleta, defendía el uso del habla del pueblo en la literatura:

Juan Luis Mejía Arango

Se ha dicho que nuestro lenguaje popular es áspero y feo, y que por eso no puede tener cabida en la novela; pocos habrá tan gráficos, tan expresivos, tan pintorescos, como el que usa nuestro pueblo. Ese lenguaje esmaltado de imágenes, de frases hechas, riquísimo en léxico, en voces viejas que sólo usan los clásicos, lo consideramos lo suficientemente bello para verterlo en un libro, sin mayores componendas.

Con razón, al leer alguna de las obras de Carrasquilla, don Miguel de Unamuno expresó: *Esto no es dialecto sino puro español con algunos vocablos arcaicos*.

El gran reto literario es transcribir, sin perder credibilidad, aquel lenguaje coloquial. Cada una de sus obras es una gran conversación. Una amena y picante conversación. Recordemos que algunos de sus cuentos y novelas no fueron escritos sino dictados a algún amanuense. En carta a Max Grillo, don Tomás recordaba así la génesis de “Blanca”, uno de los primeros cuentos:

Resulta que por allá en octubre del año próximo pasado, se me ocurrió explañarle el argumento a Mariano –se refiere a Manuel Ospina Vásquez- una noche que dormí en su casa. Enterarse él del enredo y determinar que tenía que escribirse para El Montañés, todo fue uno. Al día siguiente ya estaba el Gabriel Latorre -mi amanuense del cuento traducido- en la hebra. Tener a Gabriel en la nuca es tener la cananea y al hombre de la lora en un mismo cuerpo. Se me sentó en casa, y no salió hasta que me sacó a Blanca de las entrañas... ¡Y antes salió muy bonita! Figúrate que, como no podía escribir, porque las muletas me paralizaron la mano, tuvo que ser dictado. Pero no: con la paciencia del terco director de El Montañés, no valían tapamientos, esterilidades ni nada. En seis sesiones nocturnas salió la criatura...

Ciego y anciano, entre 1935 y 1936, Carrasquilla dictó las mil páginas de la trilogía *Hace tiempos* al primer familiar que tuviera a mano.

Una literatura incómoda

Si bien la obra don Tomás exalta la riqueza del castellano usado en Antioquia, en la temática es crítico de la mentalidad antioqueña. En las obras de ambiente urbano, es demoledor al describir personajes dispuestos a sacrificar valores morales con tal de escalar posición social. En el

afán por describir caracteres y no costumbres, se interna en esas almas atrapadas por la avaricia, la envidia y la tacañería. La apariencia social oculta las miserias humanas y allí, a esos abismos interiores, se asoma el literato. Su interés no está en glorificar las dudosas epopeyas de un pueblo ni las virtudes de sus dirigentes. Para eso estaba la propaganda oficial. La literatura sirve para desenmascarar la hipocresía, los terribles fanatismos, como el del padre Casafús, que sólo conducen a inútiles confrontaciones entre hermanos.

En su época, el poco reconocimiento a la obra de Carrasquilla no sólo se explica por la dificultad de lectura del lenguaje regional. El temor a verse retratados tal cual eran, y no como ellos querían verse, generó desconfianza entre los habitantes de la parroquia. En carta a Ricardo Moreno Uribe, describe ese ambiente de recelo:

Aquí, en la Villa de la Candelaria, hay algunos de nuestros parientes que me tienen entre ojos; no me perdonan las vagamunderías de su abuelo y tatarabuelo, no pueden perdonarme las palabrotas y pendejadas de mi mamita Luz. Ellos querían que yo los sacara tomando té, hablando francés y jugando “ruzruz”, juego chinesco muy en boga ahora entre las damas chapeadas a la europea.

Por ello, don Tomás se siente mucho más cómodo con la gente común y corriente, con los contertulios anónimos de los cafés que frecuentaba en sus noches bohemias:

Los votos favorables a mis escritos, de las personas que no tienen humos ni pretensiones literarias, son los que mas agradan a mi temperamento de hombre mediocre y cotidiano. Precisamente para ellas es para las que he pretendido escribir.

En la *Autobiografía*, y en el mismo tono, se refería a la difícil situación que habría de enfrentar el escritor de provincia:

La labor del novelista que quiera reflejar en su obra la vida ambiente, es de suyo agria y espinosa; mayormente en ciudades reducidas. La maledicencia, que a todos nos enferma, encuentra en cada novela de esta índole amplio campo para sus elucubraciones. Y es lo hermoso del

Juan Luis Mejía Arango

caso que nadie se fija en los personajes buenos o elevados de una ficción novelesca, para buscarles el origen en la vida real y efectiva; pero no se trate de ningún tipo malvado o ridículo, porque al punto vemos en él la vera efigie de Zutano o de Fulana y a cada cual le faltan pies para correrle con el enredo. Con frecuencia ni los conoce el autor. ¡Pero vaya usted a probarles que no! El lector está siempre mas enterado que el autor.

Incluso se llegó a censurar la lectura de sus obras, toda vez que algunas no eran compatibles con los supuestos valores tradicionales del pueblo paisa. Es muy diciente la crítica que apareció en el primer número de la revista *Lectura y Arte* con ocasión de la publicación del libro *El Recluta* que había promovido la revista y para la cual don Tomás escribió el cuento “A la plata”:

Entre los escritores antioqueños hace excepción D. Tomás Carrasquilla en punto a moralidad. El libro *El Recluta*, que era jardín de inocentes flores montañeras, lo echó a perder con su cuento *A la plata* (para hombres solos), pues no se atrevieron los padres de familia a llevar a sus casas el precioso libro. Nosotros, como somos hombres solos, saboreamos el cuento, pero no lo llevamos a casa...

El ciclo minero del norte de Antioquia

El mundo de la minería de oro está inmerso en la fábula y la leyenda. *Los mineros somos unos tahúres con disculpa*, dice uno de los personajes de *Hace tiempos*. El trabajo es el único motivo de la vida, al punto de ser equiparado al destino mismo. *Ojalá yo encontrara un destino por allá bien lejos*, dice Cantalicia en *Por aguas y pedrejones*. El éxito en la veta o en la mesa de juego es fruto del azar, de la suerte, o de ayudas de hechicera, de algún pacto con el patas. El ciclo de la vida decimonónica en el norte de Antioquia estaba determinado por las épocas de *veraneo* en las cuales muchedumbres se desplazaban a las tierras bajas en busca del oro que las crecientes de los ríos habían depositado en las riberas y los lechos. Buzos, zambullidores, barequeras, comerciantes, brujas y dispenseros acampaban temporalmente en las tierras ricas en el oro vagabundo. Ese mundo de frontera tenía su propia y rica jerga. Muchas de las palabras usadas por esa variopinta comunidad

venían desde el lejano Al Andalus, *acequias*, *almádanas*, *almocafres*, habían navegado a través del tiempo y cruzado el mar, para instalarse en las profundas cañadas de Antioquia, en las malsanas riberas del Cauca y el Nechí.

En su infancia, Carrasquilla vivió en la mina *El Criadero* que explotaba la familia materna en el municipio de Concepción. Desde muy temprano se familiarizó con el universo minero, pleno de fantasías, ilusiones y quimeras. En la minería de oro se cruzan, se funden, las ilusiones y miedos de la España profunda con los del África misteriosa. A blancos y negros los amalgama el oro. A pesar de ser una sociedad rígidamente estratificada, el aislamiento obligó a unir, a mestizar. En la literatura de don Tomás está presente ese niño de ojos abiertos que tratan de educar bajo los cánones de la minoría blanca, pero al que atrae el mundo paralelo de negros y mestizos, pleno de misterio y aventura. En la mesa, a la hora de comer, el niño padecía el mundo de los mayores, rígido, cargado de normas, de medias palabras, de apariencias. Pero en las noches, en las oscuras cocinas, a la media luz del último fuego, ese niño escuchaba fascinado lo que ocurría en la cotidianidad de los peones, de las criadas, de los mazamorreros. Al otro lado de la puerta existía un universo fantástico cuyos secretos se comparten alrededor del fogón de leña. Allí el niño aprendió la forma de defenderse de la Madre del Río que en un descuido aplica el mal de ojo, de los espantos de mina vieja que matan con el vaho, a usar la contra que defiende del agua del amor seguro, con la cual la reina maga cautivó al rey Salomón. En la mesa estaba la rígida urbanidad, en la cocina, la infinita literatura oral que durante siglos adquirió forma en cuelgas, organales y socavones. De allí, de aquellas noches de Santo Domingo y Concepción, salió don Tomás Carrasquilla a narrar el ciclo minero del norte antioqueño. De allí saltó Peralta al globo del mundo que reposa en la diestra de Dios Padre y para hacer compañía a los personajes de la literatura castellana, immortalizados por el Maestro Luis Alberto Acuña en el mural que preside este recinto.

Aquí concluye el recorrido. He querido valorar a un hombre y a la generación a la que perteneció. Ellos crearon una literatura regional, una forma de cantar, contar y narrar los anhelos de una sociedad a la

Juan Luis Mejía Arango

cual la ilusión del oro imprimió su impronta de glorias y miserias. Y para hacerlo, rescataron un lenguaje que había llegado en carabelas y se había internado en estas montañas donde, durante tres siglos, sobrevivió y se enriqueció en boca de arrieros, vendedoras de dulces y mineros trashumantes.

Gracias, Carlos José, por esas palabras colmadas de amistad. Siempre he sentido admiración y respeto por tu figura y por tu obra. Me honra que una leyenda del teatro colombiano, que un literato y un historiador de tus quilates, sea mi introductor a esta venerable institución. La amistad que nos une, será, a partir de esta noche, más grande y estrecha.

Hubiera querido que en esta ceremonia me acompañara el Doctor Jaime Sanín Echeverri. Desde hace meses habíamos hablado de este momento y, por supuesto, de don Tomás. Pero la muerte tiene otros designios y su silla está vacía. Al nombrarlo rindo homenaje a su memoria.

Señoras y señores académicos: con las palabras de ese castellano sonoro que hablaron los abuelos de mis abuelos, expreso gratitud por otorgarme tan alta dignidad. La considero fruto de vuestra generosidad más que de mis méritos.

Muchas gracias.

Bibliografía

De Tomás Carrasquilla

Carrasquilla, Tomás (1964). *Obras Completas*. 2 Volúmenes. Medellín, Editorial Bedout.

_____ (2008). *Obra escogida*. Edición, Leticia Bernal Villegas. Ed. Ministerio de Cultura, Gobernación de Antioquia, Medellín, Universidad de Antioquia.

Otros autores

Alape, Arturo (1990). *Valoración múltiple sobre Tomás Carrasquilla*. Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá. Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

Arango Ferrer, Javier (1978). *Horas de literatura colombiana*. Bogotá, Biblioteca Popular Volumen 25. Instituto Colombiano de Cultura.

D'Espagnat, Pierre (1971). *Recuerdos de la Nueva Granada*. Bogotá, Biblioteca Shering Corporation.

Escobar Calle, Miguel (1993). *Biblioteca del Tercer Piso*. Santo Domingo, Edición Conmemorativa del Centenario. Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia.

Levy, Kurt L. (1958) *Vida y obras de Tomás Carrasquilla*. Medellín, Editorial Bedout.

_____ (1995). *Mi deuda con Antioquia*. Medellín, Colección Ediciones Especiales Secretaria de Educación y Cultura de Antioquia. Volumen 12.

_____ (1985). *Tomás Carrasquilla*. Medellín, Edición del Instituto de Integración Cultural.

Molina, Juan José (1998). *Antioquia literaria*. Medellín, Colección Autores Antioqueños. Volumen 117.

Naranjo Mesa, Jorge Alberto. Compilador (1995). *Antología del Temprano relato antioqueño*. Medellín, Colección Autores Antioqueños. Volumen 99.

Pérez Silva, Vicente (1991). *Tomás Carrasquilla autobiográfico y polémico*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.

Rodríguez R, Ángela Rocío (1988). *Las novelas de don Tomás Carrasquilla*. Medellín, Colección Autores Antioqueños. Volumen 47.

_____ (2004). *Presencia de las bibliotecas públicas en Medellín durante el siglo XX*. Medellín, Universidad de Antioquia.

Sanín Cano, Baldomero (1949). *De mi vida y otras vidas*. Bogotá, Ediciones Revista de América.

_____ (1984). *Letras colombianas*. Medellín, Colección Autores Antioqueños. Volumen 1.

Tamayo Ortiz, Dora Helena y Botero Restrepo, Hernán (Compiladores) (2005).

Juan Luis Mejía Arango

Inicios de una literatura regional. La narrativa antioqueña de la segunda mitad del siglo XIX. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.

Uribe Ángel, Manuel, Echeverri Camilo A. y Kastos, Emiro (2007). *Estudios industriales sobre la minería antioqueña en 1856.* Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT. Colección Rescates.

Revistas

Arroyave, Claudia (2008). “Viaje y vida en el pueblo de Tomás Carrasquilla”. En: *Revista de la Universidad de Antioquia* N° 291. Medellín.

Lectura y Arte. 1901 (1997). Edición facsimilar. Colección Autores Antioqueños. Volumen 115. Medellín.

Restrepo, Carlos E. (Diciembre de 1888). “Memoria escrita para ser leída una sesión pública Casino Literario de Medellín”. En: *La Miscelánea. Revista Literaria y Científica*, Año III, N° 7. Medellín.

Restrepo, Juan Felipe (2008). “Carrasquilla ensayista”. En: *Revista de la Universidad de Antioquia* N° 291. Medellín.

Tesis de grado

Ramírez, Imelda (2001). *Arte, Museo y Ciudad. Una mirada retrospectiva en Medellín.* Medellín, Universidad EAFIT.

Periódicos

El Trabajo. Medellín, 1884. Sala de Prensa. Biblioteca Universidad de Antioquia.

Artículos inéditos

Gómez, Juan Guillermo. “Lectura, lectores y lectoras o el universo del libro en Tomás Carrasquilla”.

Fuentes primarias.

Actas del Casino Literario, 1887-1891. Fondo Carlos E. Restrepo. Sala Patrimonial. Universidad de Antioquia.



Fotografía: Revista Tomás El Mago. 150 años, Ediciones Ántropos, mayo 2008.